

HERALDO DE MURCIA

AÑO V

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1265

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

MARTES 20 DE MAYO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

Ansias de poder

Los silvelistas que vieron con no poca pesadumbre alejarse la fecha de la jura sin ser llamados á los Consejos de la Corona, miran una esperanza en lo que los más torpes no ven sino un abandono de los «precedentes» y se emplean en edificar castillos en el aire confiando en que el rey al otorgar su confianza á los ministros no lo hizo en la forma de costumbre, sino diciéndoles que «continuarán encargados de sus respectivos departamentos». De esto deducen que la duración del actual gabinete ha de ser corta.

Nosotros, para ser francos, diremos que no nos importa grandemente que los liberales se eternicen en el Poder, pues creemos que Sagasta no ha de modificar sus cualidades de gobernante, y temeroso del influjo del demócrata Canalejas, ha de tenderle celadas como las que no ha mucho comentamos; así como no creemos que Moret, el funesto Moret, ha de valer ahora más que valía antes de hacer como que se vindicaba de acusaciones formidables: pero mal por mal, la elección no es dudosa entre el gabinete Sagasta, donde hay hombres de espíritu amplio, aficionados á labores provechosas y un gobierno silvelista, donde los reaccionarios más empedernidos tendrían asiento.

Por eso mismo, nos agrada reconocer que por ahora no tienen fundamento las ilusiones conservadoras, y que el funesto Silvela, á pesar de sus belicas arrogancias y de mostrarse con terrorífico armamento de mauser y daga, no consigue lo que sus seguidores y parientes desean. Solamente un cesante, desfallecido de inedia, puede hallar en esa fórmula de concesión de la confianza regia una letra á la vista para el acabamiento de dolorosas ansias estomacales. Se comprende que Silvela y demás familia rabien por hacernos felices, pero con tales ansias no consigue mucho el heredero de Angiolillo.

Se han hecho públicas en estos días las inclinaciones democráticas del pueblo en forma tal, que no es posible se desentienda de ellas el joven monarca, conecedor de que las monarquías se a oyan en el cariño popular y sin este no tienen base duradero. No es posible que unreinado que ha de desenvolverse entre las lindes de una democracia sincera, comience entregándose á los deliquios vaticanistas del consorte político de Ugarte, sin temor á engañarse la confianza y el cariño de los españoles, y sin poner los ojos en el porvenir. Párron afortunadamente los días luctuosos de las barricadas, para que los traigamos de nuevo al conjuro de ese mago de la mala sombra, del catalanista de salón y presidentes de cortes de amor de juegos florales, de Silvela.

No creemos que haya ojos cerrados á la realidad de las cosas; no es posible que haya sordos capaces de seguir el camino marcado por las ansias de Poder del Tartufo político, del odioso Silvela. Mas si se desprecian los sentimientos del país, si se diesen al olvido sus justas peticiones, si se alentasen ansias malditas con la presencia de Silvela en el banco azul, entonces... tal vez no fuese el país quien más lo sintiera á última hora.

CRONICA

¡VIVA EL TRABAJO!

De un salto, pero salto lento, porque los trenes no se atreven á correr, salvo la distancia entre Andalucía y Asturias, pasando como una exhalación por Madrid. Tengo miedo á la corte y me

detengo lo menos posible en ella, temeroso de que me coja la pereza con sus dulces caricias que adormecen el alma... Hago mis visitas y negocios de más urgencia teniendo que caminar por el pedregoso arroyo la mayor parte del tiempo, á causa de que allí nadie va de prisa, y me lanzo hacia la estación del Norte buscando ansioso ya la línea Cantábrica con su paisaje de abismos y chimeneas. Pasada de noche la negra y monótona línea del horizonte castellano, surge la luz magnífica de un amanecer de sol, bajando por el soberbio espectáculo de Pajares. En los valles hondos flota una ligerísima niebla de color de plata, que parece en algunos momentos, vista de repente y rota contra los troncos de alguna alameda salvaje, el extremo sutil de una falda de mujer... El sol clarea una enorme línea de chopos jóvenes que crecen allí abajo en los bordes del río... Van pasando talades y cortaduras de piedra recia por cuyas aberturas rompe la vegetación y trepa con sus uñas y sale como brazos robustos empeñados en vencer... Entra luego, en la velocidad de la bajada, con el traqueteo que resuena contra las paredes de los muros y llega, al fin, la hermosa visión, la magnífica esperanza de los planos inclinados, de la esplanada negra por el carbón, de las naves de hierro, del humazo que sube breñas arriba... Y el paisaje triste de Andalucía, de la Mancha, de Castilla, sin maquinaria, con sol inútil, con brazos cansados, acaba de transformarse en algo hermoso, que si todavía no es grande, va hacia Europa en busca de la dignidad.

Me encuentro casi en mi elemento y el trabajo que realizo para hacer grande una fábrica, ni me es costoso, ni me hace padecer apenas. Los negocios marchan, encuentran medios de vencer. A cada paso se ven edificaciones nuevas con todas las exterioridades de la riqueza y con todo el afán noble de vivir bien. Hay en las anchas aceras de asfalto mucha gente que habla de negocios. Por toda la línea de la hermosa calle se leen rótulos en cristal ó hierro que anuncian oficinas... Y la estancia, después, en el café, parece que es un premio, un descanso agradable, una justicia que dulcifica el alma... Paso á las dos por todos y los veo llenos, produciéndose un gasto lógico que pone al hombre á la altura debida.

...Siempre á lo largo de la costa, atravieso Asturias, por cuyas carreteras cruzan cien diligencias y otros tantos carruajes particulares, se ven preciosas casas, de vez en cuando una alta chimenea, en seguida un vaporcito cargando carbón ó enorme remesa de cajas de sidra...

El bello paisaje del trabajo á lo largo de Asturias, Santander y Vizcaya, me alza el espíritu como el *sursum corda* al pobre creyente que acaba de sufrir un amargo dolor. Oorro con un amigo mío que he hallado y le quiero enseñar la vida, contagiándole de aquella actividad que nos rodea; corro con él, repito, la ría entera metido en el tranvía eléctrico que chispea azuladas luces como miradas de mujer hermosa... y entramos á la vuelta en dos ó tres fábricas. El castellano tiene miedo. Abre unos ojos de asombro debajo de aquellos tejados de hierro, por cuyas naves resuenan los martillazos, las silbidos y los gritos, que algunas veces estremecen de alarma. En el fondo, resaltando de la tremenda negrura de calderas que se yerguen, de tubos gigantes que se retornen y que se enchufan, corren los torrentes de hierro fundido que abrasa las carnes de los pobres trabajadores. Se niega á subir por los ascensores ruidosos, netido entre las carretillas del hierro y del carbón. Ve la muerte—al revés que yo—por todos los sitios donde pasa, debajo del alto pavimento de chapa por donde ruedan estrepitosamente las carretillas subidas, sobre la que brama el incendio de la carga de los hornos, desde la que se ve el soberbio espectáculo de todas las chimeneas de la fábrica, de todo el humo, de todos los vapores, de toda una labor de tres mil hombres...

Pero donde el castellano se agarra á mí con todas sus uñas, donde yo me siento con gana de no salir y donde á él le roe el corazón un miedo terrible y una grandeza que le vuelve loco por que no la comprende aún, es en la sala de máquinas. Rompe los timpanos, ahoga las voces, hace vibrar las carnes, enfría la piel como un entusiasmo por

la patria, aquel brutal, gigantesco, furioso resoplido de las inyectoras. Es un trueno, una imponente tempestad dominada por el hombre, el cual, ennegrecido y radiante á la vez, pasea por ella, la atusa, la detiene, la enfurece, la canturrea como un padrecito á su niño ó como un buen amante á su novia... Los brazos van y vienen moviendo aquellos volantes que airean la cara y ensanchan el corazón.

—¡Vamos!...—oigo á mi oído á voz esforzada á quien ahoga el resoplido tormentoso de las maquinarias.

Cruzamos á través de naves y más naves, de máquinas y más máquinas, de tubos gigantes, de hombres y más hombres con las grifas al hombro como soldados de un nuevo ejército redentor.

...Venía la noche y nos íbamos alejando en la enorme velocidad del tranvía eléctrico. Todo quedaba atrás, confuso; la ría reverberaba, con la última mirada de la tarde. No hablábamos. El castellano rico seguía clavando sus ojos hacia el fondo, sobre las llamas que incendiaban la fábrica, queriendo meter en el corazón aquella nueva luz. Y yo figurándome todo el soberbio espectáculo como una visión magnífica de hombres con las grifas al hombro viniendo debajo de una aurora grandísima en busca de las ciudades y de los campos muertos...

R. Sánchez Díaz.

Asturias.

EN EL REGUERÓN

A DON ADOLFO TERRER

Allá fuimos acomodados en la clásica tartana de esta tierra, al comenzar de una tarde, primaveral cuando el sol más calienta y cuando el reflejo es más dañino. El camino sin sombra protectora estaba casi desierto y los pocos carruajes que cruzaban con nosotros, iban lijeros para entrar pronto en poblado, huyendo del calor y del polvo que las bestias levantan al trotar.

Y allí llegamos, sobre el puente del Reguerón, donde echamos pié á tierra, deseosos de contemplar las obras y animados por el pensamiento de hacer terminar por aquella tarde el trabajo á los obreros para que disfrutasen de la festividad del día.

El Reguerón es otro: en mi niñez, cuando pasaba temporadas de rústica-ción muy cerca de él, lo recorrí á trozos muchas veces, con los pies descalzos y remangados los pantalones hasta las rodillas, metiéndome en los charcos en busca de la pesca que las avenidas dejaron, y sus márgenes entonces bajas, estrechas y deterioradas las correteé buscando la fatiga, para respirar desde tan pequeña altura el vienteillo que en la huerta anima y robustece.

Ya ha cambiado merced á laboriosidad constante y á volutades tenaces; las obras se han ido haciendo y es tan distinto el aspecto que presenta ahora, del que como en sueños recuerdo, que sentí una alegría y una satisfacción tan grandes como en aquellos otros tiempos tenía, al regresar á la casa del arrendador, repleto el pañuelo de botín. ¡Cuán diferente hoy! El ingenio del hombre puso coto á los desmanes de las aguas y ya discurren, más tranquilas por su cauce ancho, limpio, de paredes potentes, como acomodadas á su nuevo estado, sin temor á que sus desmanes rebosen el muro y caigan sobre los sembrados y destruyan las cosechas y arrasen las lozanas plantaciones.

Allí estaba al final de la cinta blanca, la columna de obreros embobidos en el rudo trabajo de acarreo y reposición de las márgenes del Reguerón, con los sombreros de anchas alas para resguardarse del sol que caía á plomo, metidos en las aguas, colocando piedra sobre piedra, alzando el muro constructivo de defensa contra las inundaciones, regando la obra bienhechora con su sudor, como satisfechos de su misión, ganando el pan de sus familias y haciendo el bien de la huerta.

Sonó el cuerno y terminó el hormiguero de ir y venir con las pesadas cargas; la casilla del guarda reunió á su alrededor los centenares de trabajadores y dispuesta la mesa, fueron apareciendo uno tras otro á cobrar la remuneración de sus fatigas. Duro tramo recibían en sus manos de la de su jefe, el premio de sus sudores y la satisfacción pintada en su rostro, deno-

taba el bien que aquellas miserables pesetas á tanta costa ganadas, iba á producir en los hogares. ¡Y qué caras! Pensaba en la fiera y lozania de una raza, rondada no por el esfuerzo del vigor y del poder, sino por la superioridad intelectual; en aquellos rasgos duros y hasta inexpresivos á veces, en aquellas pieles tostadas, cejas abultadas y mirar sereno, veía la masa de la España nueva, de la España del trabajo, no de la empleomanía; la raza del obrero de taller, del sufrido y tenaz en espera del día venidero, del de la lucha por la vida y del derecho á ella y un escalofrío de placer recorría mi cuerpo al mirar sus caras alegrarse cuando su jefe al entregarles los animaba en el trabajo, y como padre cariñoso, les colmaba de elogios ante todos, prometiéndoles recompensas para sus labores venideras. Latía entonces el corazón con más fuerza y ante espectáculo tan sencillo, se pensaba en la idea de la fraternidad universal, en ese respeto mutuo que ha de presidir tal vez en lejano día las generaciones y así pensaba que se ha de educar, que se ha de dirigir, que se ha de formar á los hombres, con solicitud, con esmero, con amor.

Puesto cada cual en posesión de su parte, á la sombra de las márgenes dió comienzo la frugal merienda y entonces salieron de todos aquellos labios contenidos por el cansancio, risas á granel que en las ondas del viento se repartieron por aquellos parajes, mientras compartíamos con ellos la comida, y nos impregnábamos de aquel ambiente puro, limpiado á cada momento por la brisa que corría sobre nuestras cabezas y que nos traía de los cercanos montes los gratos aromas de las plantas serranas.

Después poco á poco los ví alejarse formando grupos, cuando el sol empezaba á ocultarse é iba tomando la huerta el tinte poético del crepúsculo vespertino. Convidaba á meditar, la separación del hijo de la tierra, que iba en busca de sus bogares á llevar la vida á sus hijos, cumplida su misión santa del trabajo, del hombre de la ciudad, de horizontes estrechos, con obstáculos á cada paso en su vista y en su cerebro, descañando su espíritu un día y otro al embudo de los desasosiegos, convirtiéndose en dama enferma y pusilánime, minados por la neurastenia; y meditábamos los que volvíamos henchido el pecho de deseos, haciendo promesas por levantar á los caídos, dándonos ánimos para la lucha, recitando el himno, en espera de la realidad que nos traiga antes de otra catástrofe la nueva vida: la de la fraternidad universal.

Miguel Angel.

EL PAN

Nada se esperaba y nada se ha conseguido del Sr. Alcalde en el asunto del pan. Por suerte, en algunas panaderías «espontáneamente» se han dignado «por caridad» hacer una pequeña rebaja y al gremio de panaderos solamente hay que agradecerse.

Pero comprendemos que los señores ediles no se preocupan del asunto. ¿No es de más necesidad y trascendencia discutir acerca de leyes, reales órdenes y reales decretos, y sobre todo, discutir el sentido que pudo informar al dictarse?...

Nuestro Ayuntamiento es de lo mejorcito en su clase, como lo acredita apartándose de miserias y ruindades, á elevarse á las regiones de la suprema «filosofía» (parda) apartándose de las mezquinas discusiones de intereses que solo pueden afectar á lo pasajero de esta vida aun cuando para esto último únicamente fueran instituidas las corporaciones municipales.

¡Bravo! ¡Eso es dignificar el cargo!

¡Oh!, que buen país.

Sigue el silencio

Es objeto de muchos comentarios, que en la función de gala que se celebró en el Teatro Real, hayan sido vitoreados los reyes y las infantas, pero no la princesa de Asturias ni su esposo, el conde de Caserta, repitiéndose con esto lo ocurrido el día de la jura, en el que no hubo un viva para los príncipes de Asturias, al recorrer la comitiva las calles de la carrera.

La correcta actitud del pueblo, que no hace alarde de descortes de sus antipatías, sino que las hace públicas con expresivo silencio, es digna de elogio.

TERCER AVISO

No sabemos si por quien debe hacerlo se lee la prensa local. Unicamente así nos explicamos que nadie haya atendido nuestra indicación repetida acerca de la conveniencia de cerrar á la hora establecida los templos de Baco, pues de otro modo nadie se escapa al furor y grosería de los adoradores del dios más favorecido en esta capital.

Habíamos quedado en que se ejercería muchísima vigilancia sobre todo por la noche y que se pondría coto á los desmanes de los «guapos» de la tierra: pues efectivamente anoche y hora de las diez tuvimos el placer de encontrarnos con cinco ciudadanos, adoradores del dios Baco, que portadores de unas soberbias «camisetas interiores», campaban por sus respetos en el corto trecho que media de la calle de la Gloria al Arco de San Juan.

Como por un sinnúmero de amigos se nos ruega pongamos en autos de lo que aquí pasa al ministro de la Gobernación, concluiremos por ponernos al habla con el señor ministro y esperamos ser entonces más afortunados en nuestras reclamaciones en pró de la moralidad y las buenas costumbres.

¿En qué habíamos quedado Sr. Gobernador?

El Tiro Nacional

En el correo de hoy hemos recibido una carta de nuestro querido amigo el Sr. Muguruzza, referente al asunto del campeonato obrero de Murcia, y con mucho gusto la reproducimos.

Madrid 19 Mayo 1902

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Enterado por casualidad de la pregunta que me dirige en su número de 15 del corriente, tengo el mayor gusto en satisfacer sus deseos, manifestándole cuanto yo sé del asunto á que se refiere.

El miércoles 14, esperé en la estación el Campeón obrero de Murcia, para tomarle el billete á Madrid en el tren especial, según acordé con él, á las 11 y media del mismo día.

El jueves 15 por la mañana recibí una atenta carta de D. Alejandro Martínez, manifestándome que dicho Campeón no había podido salir, por encontrarse enfermo y se apresuraba á manifestármelo para que pudiera concurrir el que hubiera de sustituirle.

Al enterarme en Madrid, donde permanezco estos días por exigencias del servicio, que había sido aplazado el concurso del Campeonato hasta el próximo domingo, he escrito á D. Alejandro Martínez, en la hipótesis de que la enfermedad del Campeón será pasajera, dándole instrucciones para que realice el viaje en la presente semana.

Siento que la falta de tiempo me impida detenerme en otros detalles, que no los juzgo necesarios y me complazco en observar que interesa á V. cuanto con el Tiro Nacional se relaciona, lo que no es de extrañar conociendo la elevación de miras y acendrado patriotismo en que inspira siempre todos sus actos.

Se reitera con este motivo como su más affmo. s. s. q. b. s. m.

Domingo Muguruzza

Hoy nos han visitado varios socios del Tiro Nacional para manifestarnos que al fin vá á Madrid el verdadero campeón. Mucho nos alegramos de que en bien del Tiro Nacional, agrupación que ha de reportar grandes beneficios, se estrellen contra la rectitud de sus elementos directores en Murcia, las intrigas de ciertos señorones del Municipio, y de fuera del Municipio. Y conste que el interesado ni renunció voluntariamente ni estuvo enfermo.

¡Albricias!

Hemos presenciado esta mañana con entrañable regocijo la limpieza de la calle de la Platería por los barre